

LA ARAÑA SERAFINA

1º, 2º

Zozobra en el balcón

Todas las arañitas escuchaban atentas las explicaciones de su madre. Ella les mostraba y enseñaba a hilar un prolijo hilo. Solamente la pequeña Serafina, como siempre durante esta materia, estaba totalmente ausente. A ella no le gustaba hilar. Ella simplemente no podía desarrollar la paciencia y la prolijidad necesarias para tejer un hermoso hilo y cuando finalmente lo lograba medianamente bien, se enredaba en él, de puro orgullo y emoción.

Solamente la madre podía liberarla del enredo. Esto sucedía en todas las horas de tejido y para colmo de males todas sus hermanas y hermanos se burlaban de ella y se reían.

Por lo tanto Serafina no prestaba atención. Ella observaba el baile de, una hoja de tilo en el aire.

-¡Ah!, ¡con qué gusto hubiese estado sentada sobre ella!

De pronto la madre con voz enérgica la sacó de su sueño:

-¡Bien, Serafina, muéstrame si has prestado un poco más de atención!

Serafina se asustó tanto que con los movimientos nerviosos de sus ocho patitas hizo un enredo tremendo con sus hilos, quedando en pocos minutos totalmente atrapada en su tejido. Solamente se veían sus grandes ojos llenos de angustia. Sus hermanas Se mataban de risa y un hermano comentó burlonamente:

-Mamá, déjala así de enredada, como penitencia, tal vez entonces aprenda a prestar más atención.

La madre lo miró enojada y se dirigió a la arañita enredada. Mientras la liberaba de su prisión, suspirando decía:

-Serafina, Serafina ¿qué será de ti? ¡Pronto deberás tejer tu propia telaraña y aún no logras tejer un hilo sin enredarte.

Serafina no contestó, sentía mucha vergüenza porque sabía de las buenas intenciones de su madre. Cuando estuvo liberada, la madre dijo:

-Bien, por hoy damos por terminadas las clases. Todavía pueden jugar un rato, pero estén puntuales para la hora de almuerzo. escuchen, no salgan del balcón, aún son muy pequeños.

Las arañas se alejaban con algarabía. Solamente Serafina salía lentamente y pon cabeza gacha del aula. Pasó silenciosa frente a sus hermanas que se divertían en el macetero de las petunias. Ella trepó a lo de su amiga Paulina, la planta de tomate. Ahí siempre se escondía cuando estaba triste.

-¿Otra vez te has enredado en tu hilo, pequeña Serafina?" Preguntó Paulina, llena de compasión.

Serafina no dijo ni mu pero asintió malhumorada con su cabecita para sentarse luego bajo una gran hoja de tomate.

Nunca aprenderé a tejer, pensó Serafina, y como si la planta de tomate adivinara sus pensamientos la consoló:

-No te preocupes, hasta ahora todas las arañitas han aprendido a tejer, ya lo lograrás. Algunos aprenden más rápido y otros más lentamente.

-Sí, sí, interrumpió Serafina enojada.

-Y algunos no aprenden nunca, y yo soy una ellas. Y, además, ¿por qué debo aprender a tejer?

-Porque eres una araña tejedora. Explicó Paulina—pacientemente, *Y las arañas tejedoras tejen sus y esto no se puede cambiar.*

-Pero mamá nos contó que hay arañas que no tejen y también viven. Contradijo Serafina sabihonda.

-Pero niña", dijo la planta de tomate sacudiendo la cabeza, *tú sabes muy bien que un águila no puede vivir como un gorrión porque son muy distintos. Así como hay diferentes tipos de pájaros, también las hay de arañas, Hay muchos tipos distintos y cada uno lleva una vida distinta.*

De pronto se iluminó la cara de Serafina

-¡Ya lo tengo!, dijo levantando su pierna derecha por los aires, Yo seré una araña dé cucú!

-¿¿Una qué?? preguntó Paulina, visiblemente asombrada.

-Sí, sí. Lo has oído bien, una araña de cucú. Mamá nos contó del pájaro cucú. Él no construye su nido, simplemente pone sus huevos en los nidos de otros pájaros. Así haré yo también.

La Srta. Paulina no alcanzó a convencer a Serafina de su error, pues en ese momento se abrió la puerta del balcón y un ser de dos piernas se acercó al macetero y le echó agua diciendo:

-¡Qué hermosas que están nuestras petunias este año!

Pero de pronto, este ser de dos piernas se quedó como petrificado de susto al ver a la madre y a las hermanas de Serafina. Dejó caer la regadera y comenzó a gritar:

-¡Arañas, ayúdeme, Gerardo, ayúdeme! Se escucharon pasos apurados y otro ser de dos piernas apareció en el balcón.

-¡Cuidado arañas, escóndanse! Gritó la planta de tomate y ahí comenzó todo. De un envase que un ser de dos piernas tenía en sus manos comenzó a salir una olorosa nube blanca. Las petunias comenzaron a toser y a ahogarse:

-¡Basta, basta, por favor, deténganse!

Después de que este ser de dos piernas hubo espolvoreado suficiente de esta niebla dijo satisfecho:

-¡Bien, estos bichos no molestarán más! Y ambos seres abandonaron el balcón.

Las flores tardaron un rato hasta volver en sí y todas se quejaron amargamente.

-¡Ay! ¡Qué mal me siento, dijo la petunia roja!

-Yo tengo un fuerte dolor de cabeza. Se quejó la petunia rosada.

-Las personas parecen locas. Se enojó la violeta.

-Echarle veneno para insectos a las arañas... ¡esto es una barbaridad. Las arañas no son un bicho cualquiera. La petunia blanca y violeta se tapaba la nariz con unas hojitas.

-¡Ajh! ¡Qué olor horrible! La petunia blanca se sacudió y se lamentó:

-Ahora debemos esperar unos días de viento para oler mejor. La petunia azul dijo:

-No era suficiente tener que soportar ésa lluvia espantosa una vez por semana, que ahora lo hacen más seguido.

-¡Es ridículo! Contestó Paulina con energía, los pulgones ya se han acostumbrado hace mucho al insecticida, a ellos no les hace nada. Miren vuestras hojas agujereadas.

Después de tranquilizarse un poco, Paulina fue la primera que se acordó de la familia de las arañas.

-¡Arañas! ¿Dónde están? Ya pueden salir, el aire está puro.

-¿Es verdad? Se escuchó un susurro que provenía debajo de una maceta.

-Sí, sí, afirmó la petunia azul, -cuando la puerta del balcón está cerrada, tenemos tranquilidad.

Muy lentamente y con cierta desconfianza fueron apareciendo arañitas del último rincón del balcón. La madre comenzó a contar sus hijitas, llamándolas por su nombre:

-Juan - aquí Gustavo - aquí - Luisa – aquí Otto - aquí - Serafina - nada. La madre miró desesperada la planta de tomate:

-Por último, ¿no estuvo contigo?

-Bien, contestó Paulina, pero ahora no está.

Paulina, la madre, las hermanas y las petunias, menos la violeta y blanca gritaban al mismo tiempo.

-¡Serafina, Serafina! Pero la pequeña no aparecía.

-¡No hagan tanto escándalo! Se quejó la petunia violeta y blanca. *¿Qué importancia tiene si hay una araña menos?* y dirigiéndose a la madre le dijo: *¡De todas formas tienes muchos hijos!*

La petunia blanca sacudió horrorizada la cabeza -*¿cómo puedes ser tan cruel!* Y a pesar de sus dificultades para mover sus raíces intentó apartarse de la petunia violeta y blanca. Pero ésta ni se inmutó.

-Igual, Serafina no servía para nada, era haragana e insolente. *Estará contenta de haberse perdido.*

De furia, a la Srta. Paulina casi se le estallan todos sus tomates y enojada le dijo:

-¡Te callas inmediatamente! *¿Te crees que eres mejor porque tus flores tienen colores?*

-La verdad -es la verdad. Respondió la petunia violeta y blanca, -y tú, flacucha desgarrada, no eres quién para decirme nada.

Esto colmó la paciencia de Paulina, el susto por las personas, la angustia por la familia araña, la desaparición de Serafina y ahora las palabras hirientes de esa petunia... *¡Espera y ya verás!*, pensó. Paulina separó uno de los tomates más grandes de su tallo y se lo arrojó a la petunia. *¡Ay!*, se quejó la petunia *¿qué es esto?* Y quiso comenzar a insultar a Paulina, pero ésta se movía amenazante y la petunia decidió permanecer callada.

El viaje involuntario de Serafina

¿Qué sucedió con Serafina?

Cuando el ser de dos piernas apareció en el balcón, la Srta. Paulina se asustó tanto que comenzó a temblar con todo su tallo. Serafina, sentada sobre su hoja más grande, perdió el equilibrio y se cayó del balcón. Una suave brisa la depositó sobre la lona de un camión de mudanzas. El camión anduvo, anduvo, anduvo. Se alejaba cada vez más de la casa de Pero la arañota no tenía tiempo para pensar en ello, pues el viento la tiraba de un lado a otro. Caía para adelante cuando el camión frenaba, se iba para atrás cuando arrancaba y para los costados cuando el camión tomaba alguna curva.

Gracias a Dios, Serafina descubrió un agujero en la lona pues pensaba que si se quedaba allí quizás podría caerse del vehículo. Entonces decidió saltar por el agujero al interior del camión de mudanzas. Y, ¡plumps! Cayó sobre un sillón. *Bueno, no es muy diferente aquí*, pensó cuando empezó a rodar de una punta a la otra, *¡pero por lo menos no es tan ventoso!*

No pasó mucho tiempo antes de que Serafina empezara a divertirse mucho, rodando de una esquina a la otra del sillón, de acuerdo a cómo se moviera el camión.

Entonces el camión se detuvo. Alguien retiró la lona y el fuerte sol encandiló los ojos de Serafina.

-Otra vez seres de dos piernas, pensó Serafina espantada. Los hombres descargan roperos, sillas, mesas, y el sillón de Serafina, llevando todo a una gran casa. Uno de los seres gritó:

-¡Uy! ¡Una araña!. El otro se acercó y murmuró:

-No seas exagerado, las arañas son inofensivas.

-Bueno, pensó Serafina *-parece que hay personas que quieren a las arañas. Pero se alegró demasiado pronto porque dos dedos grandes la tomaron y sacaron del sillón.*

Voló por los aires y cayó violentamente en un rosal. Éste la recibió diciendo:

-¿Y tú quién te crees que eres? También una abejita la saludó:

-¿No ves que esta flor está ocupada?

-¡Mándate a mudar!

-Perdón Sra. abeja pero yo, ... Y Serafina señaló con una pata delantera el camión.

-*"Peroppp, qué tanto perdón, ¿eres sorda? ¡Vamos desaparece, rápido, fuera de mi flor!"*

Serafina se dio cuenta que era inútil tratar de hablar con esa abeja. Entonces descendió del rosal y se sentó en la tierra. Previamente se fijó muy bien si el lugar estaba desocupado. Necesitaba descansar y tranquilizarse después de tantas vivencias.

Pero entonces tomó conciencia que había caído del balcón y que se encontraba en un viaje de descubrimientos. ¿No era lo que siempre había deseado?

Una cosa era cierta, hasta ahora no se había aburrido ni un solo minuto. Pero Serafina se había imaginado un viaje un poco más agradable porque en realidad todavía ni se había topado con seres amables. Ni siquiera la abeja había mostrado compasión por una arañita perdida.

Serafina comió unas miguitas de pan que encontró a su lado. De pronto comenzó a sentir hambre, añoraba el guiso de moscas que preparaba su mamá para el almuerzo. Y recordó las últimas palabras de su madre:

-No abandonen el balcón, vuelvan puntualmente a almorzar.

Mamá... los hermanos... las petunias amables... La Srta. Paulina. Serafina quería regresar a casa.

Se puso de pie, caminó unos pasos, dudó, se detuvo:

-¡oh, dios, cómo regresaré a casa! ¿Dónde estoy? Serafina estaba perpleja. Giró y le preguntó al rosal:

-¡Por favor, ¿me puedes indicar como regresar a mi casa?

-Debes seguir a los hombres de la mudanza, con ellos viniste hasta aquí. Le respondió el rosal.

-Pero yo no pertenezco a esos hombres, yo vivo con mi mamá, mis hermanos, las petunias y la Srta. Paulina en el balcón y sin querer me caí de ahí.

-Bueno, dijo el rosal, entonces será difícil. ¿Sabes cómo se llama la calle en la que tú vives?

-No, yo nací hace pocas semanas y aún no aprendí nada de los nombres de calles.

El rosal miró algo confundido a Serafina. -Ya veo, querida arañita, que si no sabes de dónde has venido ni cómo has llegado hasta aquí, no volverás a encontrar el camino de regreso.

Serafina quedó petrificada, como si le hubieran dado un fuerte golpe. Y entonces gritó desesperada:

-¡No, no, no. No te creo! ¡Yo quiero ir a mi casa, yo quiero ir con mi mamá y mis amigos! Y salió corriendo hacia la calle.

El rosal gritó: -¡Por Dios quédate aquí! Eres muy pequeña para deambular por las calles. Puedes vivir conmigo. Regresa arañita, regresa.

Pero Serafina no escuchó nada, ya se había alejado demasiado. Y anduvo y anduvo entre piernas humanas y patas de perros, sobre adoquines y alrededor de charcos. Serafina no veía ni oía nada. Tenía una sola idea: volver a casa.

Sus ocho patitas se movían automáticamente hacia adelante hasta que llegó a un cordón. Enormes neumáticos de autos pasaron cerca de ella. *-No importa, se decía dándose valor ¡Adelante! ¡A casa!* En el preciso instante en que iba a pisar la calzada, advirtió una enorme sombra negra sobre ella. De pronto se sintió levantada por los aires. *-¡Este es el fin!* Fue su último pensamiento antes de caer desmayada de miedo y agotamiento.

Baldwin

Cuando Serafina despertó, abrió temerosa el ojo izquierdo. *¡Ay!, Dios, un pájaro!, esto es lo que me faltaba.* Pensó y cerró inmediatamente el ojo. Pero de pronto escuchó una voz grave que le decía:

-Bueno, arañita, finalmente has despertado.

-No, no, todavía estoy desmayada. Contestó Serafina con aparente indiferencia, pero intentando desaparecer lenta y sigilosamente. Pero no lo logró porque alguien la sujetó de su cuarta pata izquierda. *-¡Alto! Quédate ahí!* Dijo el pájaro.

Ahora Serafina despertó verdaderamente y girando furiosa le dijo:

-¡Me hubieses comido mientras todavía estaba desmayada!

-¿Cómo? Contestó el pájaro mirando sorprendido a Serafina.

-Bueno ... yo pensé, que esperaste a que me despertara para comerme, susurró Serafina cuando advirtió que no podía escapar. *Mi madre me decía que a los pájaros les gusta comer arañas.*

-¡Ahá! Eso te dijo tu mamá... puede ser que tenga razón pero yo no como arañas. ¿No? Se sorprendió Serafina. *No. Yo realmente no como arañas. Yo sé que las arañas son muy útiles y necesarias.*

-¡Hmmn! Respondió Serafina con cierta desconfianza porque el pájaro aún la sostenía. .

-Yo creo, señor pájaro, que tú me confundes con una abeja. Una abeja es muy útil, eso también dijo mi mamá. Pero yo soy una araña!

-Bueno, escúchame muy bien, la interrumpió el pájaro, *-yo sé muy bien distinguir entre una 'araña y una abeja. Por lo demás yo soy un cuervo y me llamo Baldwin.*

-Bien, dijo Serafina algo más confiada *-si realmente eres sincero, podrías soltarme entonces.*

-Solamente si prometes no escapar.

-Pero yo quiero volver a mi casa, a mi balcón, con mi madre y mis hermanos, con las petunias y mi amiga Paulina también.

-¡Ajá!, así están las cosas... dijo el cuervo pensativo *-y ¿dónde es esto?*

Serafina sollozó *-¡Eso es justamente lo que no sé!* Y comenzó a llorar amargamente. Y poco a poco, entre sollozos, le fue contando su historia al cuervo. Baldwin escuchó pacientemente y cuando Serafina hubo terminado le dijo:

-Algo así me imaginaba cuando te vi tambalear por las calles ahí abajo y es por eso que te traje aquí arriba del árbol. Pero me temo Serafina que el rosal tenga razón. Mira a tu alrededor. En cada calle hay montones de balcones. Tardaríamos años en encontrar el tuyo.

Serafina se larnentó desesperada: *¿Qué hago entonces?*

Baldwin tuvo una idea: *-Lo mejor será que vengas conmigo. Yo vivo en el campo. Allí no hay tantos peligros para una arañita como aquí en la ciudad.*

-Pero tú eres un pájaro. ¿Quién me enseñará a hilar y a construir telarañas y todas las demás cosas que una araña como yo debería aprender? Preguntó Serafina desanimada.

-Bueno, ¡naturalmente yo!

-¿Tttttú? Tartamudeó Serafina.

¡Sí, yo!, repitió Baldwin orgulloso, *-no he vivido en vano tantos años con un profesor.*

-Oh ... ¿con un profesor? , se sorprendió Serafina.

-De ese profesor he aprendido mucho sobre animales y puedo decir que sobre arañas sé especialmente mucho. Bueno, ¿qué opinas de mi propuesta?

-Me parece que no tengo otra opción, respondió Serafina.

-Bien, bien, entonces descansa un poco, yo mientras tanto conseguiré algo de comida porque un ser tan pequeñito como tú no puede vivir de migas de pan. Entonces Baldwin extendió sus alas y salió volando.

Serafina lo observó y percibió que Baldwin volaba de forma un tanto extraña. Pero la arañita no podía sorprenderse de nada más por hoy. Al poco tiempo regresó Baldwin con una ración de moscas. Se sorprendió mucho al ver que en un periquete, Serafina se había devorado todo. Después de la comida Serafina preguntó con ansiedad:

-¡Eh, tú, Baldwin ...¿ puedo hacerte una pregunta?

-Por supuesto, pregunta sin más. Pero debes prometerme que no te enojarás.

Baldwin la miró sorprendido. *¿Tu pregunta es tan tremenda?*

-No, en realidad no, pero con los adultos nunca se sabe.

El cuervo sonrió. *-¡Adelante, pregunta!*

-Bien. Yo quisiera saber por qué vuelas en forma tan extraña.

Baldwin se puso serio y miró fijamente a Serafina para ver si se estaba burlando de él. Pero sólo vio grandes ojos intrigantes.

-Ves, yo lo sabía, dijo ella desilusionada. Y como al cabo de un largo rato el cuervo no había dicho ni una sola palabra ella agregó temerosa: *-¿Ahora sí me comerás?*

-¡Claro que no, pequeña Serafina! La tranquilizó el cuervo y su rostro se tornó más amable.

-Es sólo que ... el último que me preguntó al respecto fue un gorrión que se burló impertinentemente de mi extraña forma de volar.

-¡Oh! dijo Serafina consternada , *-me da mucha pena porque ella sabía muy bien cómo se siente uno al ser burlado.*

-Está bien, te lo contaré. Cuando era niño vivía en la ciudad. Un buen día volvía yo de una larga excursión, estaba cansado y eso no podía volar muy alto. De pronto me rozó un camión, caí al piso y me quebré un Con mis últimas fuerzas me arrastré a la vereda. No podía volver a casa. No sé cuánto tiempo habré estado tirado ahí. Finalmente un anciano me levantó y me llevó en su coche hasta su casa.

-¿Era ese tu profesor? interrumpió Serafina.

-Efectivamente, asintió Baldwin. El anciano profesor me dio de comer y beber y entablilló mi ala quebrada. Pasó mucho tiempo hasta que sanaron mis heridas y como fue una quebradura complicada, mi ala nunca volvió a volar como antes. Eso decía el profesor.

-Baldwin, ¿qué significa "complicada"? Preguntó Serafina.

-Complicado. Corrigió el cuervo. -Esto significa que mi ala estaba quebrada en varias partes y no en una sola y esto casi nunca se cura correctamente. Normalmente con un ala quebrada de esa manera no es posible volver a volar. Pero el profesor practicó conmigo día tras día y fue así que pude volver a volar, aunque de esta forma rara.

Cuando Baldwin concluyó su relato se hizo un largo silencio. Finalmente Serafina con el ceño fruncido dijo seriamente: ¡Baldwin!

-Sí, Serafina, ¡acabo de darme cuenta que somos muy parecidos!

Baldwin le sonrió amorosamente. -Eso pensé cuando me contaste tu historia.

-Baldwin, siguió Serafina contenta, -ahora ya no te temo, creo que eres un cuervo muy bueno y por eso he decidido quedarme contigo.

Baldwin carraspeó algo confuso. Ambos permanecieron callados durante un largo rato sentados en silencio. Cada uno comparaba su historia con la del otro. Mientras tanto se hizo muy tarde. Casi no había gente en la calle y unos pocos autos pasaban por allí. De pronto Baldwin dijo:

-Debemos prepararnos para el viaje!

-¿Qué?, ¿Ahora?, preguntó Serafina sorprendida, -¡si ya está oscuro!

-Yo viajo Solamente de explicó el cuervo. El viaje es largo. La primera parte atraviesa la ciudad. otros pájaros. logran cruzarla muy rápidamente, pero yo con mi ala enferma debo hacer paradas con frecuencia. Aterrizar en una calle de día es muy peligrosa. Hay demasiados autos y personas. Por eso viajo de noche.

Serafina apenas pudo seguir la explicación, estaba muy nerviosa, ansiosa por el viaje. Primera vez en su vida no tenía que ir a dormir temprano... Podía permanecer despierta y además viajar. Pero lo más hermoso de todo era que había encontrado un amigo y no estaba sola y abandonada.

-Este es el día más hermoso de mi vida, exclamó feliz.

-Eso ya se verá, opinó Baldwin.

-¡Qué va! Replicó Serafina, -en un viaje tan emocionante seguro que no me dormiré! Serafina trepó al plumaje de Baldwin y buscó un lugarcito seguro, desde el cual podría observar todo a su alrededor. Entonces gritó alegre:

-¡Ya estoy lista, podemos partir! Baldwin extendió sus grandes alas y el gran viaje comenzó. .

Al poco tiempo Serafina se había acostumbrado a los movimientos de Baldwin durante el vuelo.

Serafina observaba con detenimiento todo lo que podía ver desde el lomo del pájaro. Pero entonces se cerraron sus ojitos de arañita.

Realmente habían sucedido muchas cosas ese día. Se acurrucó entre las plumas de su nuevo amigo y cayó en profundo sueño.

El nuevo hogar

Un rayito de sol hizo cosquillas en la pancita de Serafina y la despertó. La arañita; todavía algo dormida, percibió el amanecer y pensó, *¿dónde se hallaría?*

-Bueno, *dormilona*. Y Serafina escuchó una voz conocida. Claro, había caído del balcón y había Comenzado un Viaje con Baldwin. *¡Pero qué cosa!*, susurró Serafina sorprendida, *-será que me quedé dormida durante el viaje?*

-Naturalmente! dijo el cuervo sentado en el borde de un nido.

-*¡Cómo naturalmente!* se enojó ahora totalmente despierta. Pero se enojó muchísimo por haberse dormido durante la emocionante aventura de Viajar de noche.

-Después de tantas emociones estabas tan cansada simplemente te dormiste, eso es lo más natural.

-*¡No!*, replicó Serafina enérgicamente pateando con todas sus patas delanteras. *-Es una infamia dormirse durante una aventura tan emocionante. Es verdaderamente injusto.* Luego inclinó su cabecita y suspiró enérgicamente y desilusionada. *-Estaba tan alegre por el viaje y ahora me lo he perdido todo.*

-*¿Perdido? No te has perdido nada.* Se rió Baldwin y le guiñó un ojo. Cuando la pequeña arañita se hubo tranquilizado, trepó curiosa al borde del nido y observó d su alrededor. No había casas ni calles. Tampoco pasaban autos que asustaban a Serafina con sus frenadas ruidosas. Tampoco pasaban camiones ni había olor a los escapes de los autos. No había máquinas que usaban los Hombres para la construcción de casas y calles. No se escuchaban los gritos de los seres de dos piernas y tampoco se escuchaba música estruendosa. Nada de esto existía en el bosque. En el hogar de Baldwin todo era diferente y mucho más hermoso. Los pájaros cantaban y trinaban saludando al nuevo día. El sol mostraba sus largos rayos entre los árboles y arbustos y despertaba a todos los animales y plantas del bosque. El sol levantaba cuidadosamente la niebla matinal y la hacía ascender lentamente entre los pinos y abetos hacia el cielo. La brisa de la mañana susurraba suavemente en copa de los árboles hamacando las ramas.

Y entonces Serafina también observó los pequeños y grandes collares de perlas distribuidos por el suelo del bosque y dijo: *-Yo no sabía que las perlas crecen en el bosque.*

Baldwin miró sorprendido a su pequeña amiga: *-¿Perlas? ... ¡Ah! ¡sí!*, se rió

-*¿Te refieres a las gotas de rocío. Tus perlas sólo parecen perlas. En realidad son muy pequeñas gotas de rocío que cada mañana se sientan sobre el pasto.*

-Ah... respondió Serafina no muy convencida. *-Dime Baldwin, ¿hay muchos monstruos en el bosque?*

-No, no que yo Sepa, nunca he visto ninguno.

-Sí, pero ¿a qué le temen las hadas del bosque?

-¿Hadas del bosque? ¡Cómo se te ocurre!

-Bueno, esos velos, ¿no los ves? La arañita señaló con su pata delantera hacia el bosque.

-*¡Allí, allí! En todas partes. Entre los pinos cuelgan los velos. Yo me imagino que las hadas se deben haber asustado mucho y deben haber huido rápidamente perdiendo sus velos.*

-Niños. Niños. Dijo Baldwin sorprendido, y arrugando su frente continuó. *-Las historias que se puede imaginar una arañita tan pequeña. Pero lamentablemente debo desilusionarte. Esos velos que ves por todas partes no son velos de hadas. Son telarañas. Están hiladas tan finamente que se las puede comparar con velos de hadas. Eso es cierto.*

-*¿Tú sabes esto con seguridad?*, preguntó Serafina...

-Oh, sí. Estoy seguro. Hace mucho que vivo en este bosque y he observado mucho a las arañas mientras hilan. Pero un hada del bosque...

Baldwin pensó intensamente. -Nunca he visto un hada del bosque.

Serafina no insistió pero pensó: -Posiblemente una se esas telas de arañas, sí sea un velo de hada. Estaré atenta los próximos días, quizás vea alguna.

Serafina seguía ensimismada pensando si vería o no el velo de un hada o un hada del bosque cuando descubrió que las perlas que estaban en el suelo habían desaparecido.

-¡Baldwin, Baldwin! ¡Ladrones! ¡Mira, allí, allí! Gritó asustada mientras caminaba de un lado a otro sobre sus ocho patitas. -¿Ladrones? ¿Dónde están los ladrones?

-Bueno, donde están no lo sé. Respondió Serafina sorprendida, -pero se han llevado el collar de perlas, las hermosas y brillantes perlas. -Eso no fueron ladrones, respondió Baldwin.

-¿No? ¿y entonces, quién fue? .

-Fue el sol. El sol hizo desaparecer tu collar de perlas. -¿El sol? , preguntó Serafina incrédula.

-¡Ah! Te quieres burlar de mí.

-No, no, no. No te creo, respondió Serafina sacudiendo la cabeza.

-Presta atención que te lo explicaré, comenzó Baldwin. -Ya te conté que las perlas están formadas por gotitas de rocío y el rocío no es otra cosa que agua. ¿Me vas comprendiendo?

-Bueno, naturalmente que te comprendo, respondió Serafina.

-Ese agua se transforma con los cálidos rayos del sol. El agua se convierte en agua caliente y sube como la neblina. ¿Ves la niebla allí?

Por supuesto que veo la niebla, al fin y al cabo no soy ciega.

-Está bien, Serafina, perdóname. Dijo el cuervo. -No quería ofenderte. Y prosiguió: -Por la noche el aire se vuelve a enfriar y por la mañana están nuevamente las miles y miles de gotas de rocío por todas partes.

Serafina ya no se podía mantener quieta pues había hecho otro descubrimiento sobre el suelo del bosque. -Mira Baldwin, allá hay un montón de arañitas, dijo Serafina con alegría, -¡y cómo se mueven! Debo ir inmediatamente a saludarlas. De tanto entusiasmo casi se cae del nido.

-Momento. Dijo el cuervo. -Quédate ahí. En el último momento Baldwin logró atrapar a Serafina de una pata trasera derecha, sentándola nuevamente en el nido.

-¡Ay Dios! , exclamó la arañita bastante asustada. -Si yo aún no sé descolgarme sola.

-Y tampoco sabes volar, agregó Baldwin, además, esas no son arañitas sino hormigas.

Serafina miró de reojo a Baldwin, y pensó: -¿por qué siempre sabe todo? Me puedes creer. Continuó Baldwin tranquilo. -Además, las hormigas tienen seis patas y las arañas ocho. Así siempre podrás reconocer si tienes una araña u otro bicho adelante tuyo.

-Esto voy a verificarlo. Dijo la arañita. Trepó al borde del nido y miró hacia abajo. Muy despacito comenzó a contar las patas de las hormigas: -Una, dos, tres, cuatro, cinco, seis: -¡Es verdad! Las hormigas tienen realmente seis patas! ¿Y yo tengo ocho? Ahora Serafina contaba sus propias patas levantando cada una de ellas.

-Ocho, tengo realmente ocho patas. Entonces Serafina se sentó nuevamente en el nido y algo desanimada dijo: -Será que alguna vez aprenderé todo lo que hay que aprender?

-¡Pero seguro que lo harás!, la consoló Baldwin. Este es tu primer día en el bosque y todo es nuevo para ti. Ya verás cuando estés más tiempo aquí y te familiarices con el bosque y sus habitantes.

Y así, día tras día Serafina pudo sorprenderse de nuevos milagros de la naturaleza. Baldwin también hacía excursiones todos los días con Serafina recorriendo praderas y bosques vecinos. Así le mostró las, hormigas del bosque, las abejas, los ciervos, las liebres, el puercoespín, y de cada uno de ellos sabía hermosas historias. Sí, el Cuervo era un pájaro muy inteligente y un paciente maestro. Nunca se cansaba de contestar las innumerables preguntas de Serafina.

Serafina se sentía Cada vez más cómoda en su nuevo hogar a orillas del bosque y pronto había olvidado las penas de sus primeros días. Cada tanto pensaba en su madre, sus hermanos y en Paulina y se preguntaba cómo estarían y si la extrañarían.

Pero poco a poco empalideció el recuerdo de su anterior vida en el balcón. Su nuevo hogar era ahora el nido del cuervo.

Leopoldo

Un hermoso día de verano, Serafina y Baldwin volaban sobre un trigal cuando escucharon una voz suplicante: *-¡Oh!... ¿Hay alguien que me pueda ayudar?*

-¿Escuchaste? ¡Hay alguien que pide ayuda!, dijo Serafina tirando de las plumas del cuello de Baldwin.

-Tienes que parar, tal vez descubramos de dónde viene.

El cuervo dio un gran giro y aterrizó. Ambos agudizaron sus oídos. Y nuevamente escucharon los lamentos. *-¡Ayuda! ¡Ayuda! -¡Ahí, ahí!*, gritó Serafina muy alborotada. *-Viene del centro del trigal.*

Baldwin se puso nuevamente en movimiento. Cuando se acercaron a la voz gimiente, entre las espigas vieron aparecer una figura. Serafina temblaba con todo su cuerpecito. *¡Vuélvete! ¡Vuélvete!*

-¿Por qué debo volver? preguntó el cuervo. *-¿No ves que es un ser de dos piernas y esos siempre son peligrosos, vuélvete rápido. Si es que es uno de esos seres, éste sólo tiene pierna...que además es un palo...más no puedo decir.*

-No me importa. Si por abajo parece tener una pierna, desde arriba parece un ser de dos y eso me alcanza. Dijo la pequeña araña.

Pero Baldwin siguió volando. *-Serafina, ese es un espantapájaros*, intentó explicar el cuervo. Pero para Serafina e espantapájaros se parecía mucho a la mujer que había aparecido en el balcón y por su culpa ella había perdido su primer hogar.

-Tranquilízate pequeña Serafina, no debes temer. El espantapájaros no es peligroso. No te hará nada, ya verás. Y diciendo esto el cuervo aterrizó directamente encima del espantapájaros.

-Finalmente alguien me escuchó, dijo el espantapájaros agotado.

-¿Por qué te lamentas tan desgarradoramente?, preguntó el cuervo.

-¿Estás enfermo?

-No, enfermo no, respondió el espantapájaros débilmente y dejó caer su cabeza con tristeza,

-Pero me pica espantosamente. Y se sacudió tanto que cayó paja de su pantalón y su sombrero.

-Entonces ráscate si es para tanto. Se rió Serafina muy segura entre las plumas de Baldwin.

-¡Oh! ¿Quién habla? preguntó el espantapájaros levantando su cabeza. *-Esa fue la pícara arañita Serafina*, respondió Baldwin.

-¿Una araña?, dijo el espantapájaros con un brillo de esperanza en sus ojos. *-Esto es maravilloso. - Muéstrate pequeña Serafina. ¿O es que tienes miedo de mí?*

Vacilante apareció Serafina entre las plumas de su amigo, pero haciendo de cuenta que era la araña más valiente del mundo. -"Bien señor espantapájaros, ¿por qué no te rascas si te pica tanto?"
-Bueno, eso es imposible. Le dijo el espantapájaros sacudiéndose nuevamente y esta vez cayó paja de su brazo izquierdo y del pantalón. -No puedo rascarme. Los hombres me dieron un viejo palo de escoba por brazos, por lo tanto solo puedo mover mis brazos un poquito para arriba y un poquito para abajo, pero realmente movibles no son. Por eso tampoco me puedo rascar.
-Y, ¿por qué te pica? , preguntó Serafina con curiosidad. .
-Esto también es culpa de los Hombres. Ellos me pararon aquí, en medio del trisal para ahuyentar a los pájaros, por eso me llaman espantapájaros.
-¿Los Hombres quieren que tú espantes a los pájaros? A Serafina le pareció muy extraño todo esto.
-Sí, sí, corroboró Baldwin. -Los Hombres piensan que los pájaros queremos robarles los granos de las espigas y por ese motivo colocan espantapájaros.
-Sí, así es, le confirmó el espantapájaros. -Y eso que los pájaros sólo se llevan algunos granitos. Generalmente alimentan de los dañinos insectos que viven en los campos. Pero como no vienen más pájaros por aquí, los escarabajos, las moscas, las larvas y las pulgas se dan la gran vida. Comen todo lo que encuentran y provocan mucho daño. Pero lo peor es que, estos voraces bichos creen que yo también soy comestible. Todos se trepan a mí y recorren mi espalda. Algunos de esos insectos viven aquí porque mi paja es un excelente escondite. ¡Ay! ¡Cómo me pica! Y yo no me puedo rascar. ¡Agh! Esto es horrible, se lamentó el espantapájaros sacudiéndose con fuerza. Ahora el espantapájaros se sacudió de tal manera que pareció que iba a perder los pantalones.
Serafina ya no podía seguir viendo cómo sufría el pobre espantapájaros y a pesar de estar un poco temerosa aún, trepó por la pierna izquierda del pantalón y comenzó a recorrer muy enojada todo su cuerpo. -¡Salgan! ¡salgan de aquí! Desaparezcan y dejen en paz al pobre espantapájaros. ¡Fuera, fuera rápidamente!
Baldwin miraba desde afuera con mucha atención cómo escapaban los bichos de la furiosa Serafina y abriendo su pico se comió la primera ración. La arañita anduvo incansablemente de un lado a otro, de arriba a abajo, hasta que la última pulguita del pasto hubo sido devorada. Totalmente agotada, finalmente salió por la manga izquierda. ¡Uf! lo logramos!
El espantapájaros estaba loco de alegría. -Ustedes dos son los mejores amigos que jamás he tenido. ¡Muchas gracias!
-No hay de qué. Dijo Serafina avergonzada, pero un poco orgullosa. -Lo hice con mucho gusto.
-A tí también te agradezco la ayuda querido...
-Baldwin es mi nombre.
-Gracias Baldwin. Mi nombre es Leopoldo Waldemar Boromir Palo de escoba.
¿Cómo?, se sorprendió Serafina. ¿Waldemir Borgopoldo Leomar?
¡No!, le corrigió el espantapájaros. Leopoldo Waldemar Boromir Palo de Escoba.
-Ahora sí, Leomil Waldepoldo Borgomar. Baldwin y Leopoldo se rieron ¿Me equivoqué otra vez? , preguntó la pequeña Serafina. ¡Y cómo! Respondió el cuervo!
-Eso no importa, aclaró Leopoldo amablemente. -Puedes llamarme como quieras. Y los tres rieron con ganas.

Al día siguiente, tal como lo habían prometido Serafina y Baldwin, visitaron a su nuevo amigo Leopoldo Waldemar Boromir Palo de Escoba. Serafina ya había podido memorizar bien ese nombre tan extraño.

Mientras el cuervo conversaba con el espantapájaros, Serafina se dedicó a rastrear toda la paja en busca de insectos.

De pronto Baldwin tuvo una idea:

-Serafina; éste es un buen lugar para que aprendas a descolgarte.

-¡Oh, sí, qué bien! Dijo Serafina entusiasmada.

-Lo mejor será que te sientes en el doble del pantalón, ...¿o es que tienes algo en contra, Leopoldo? Le preguntó Baldwin cortésmente, porque él nunca olvidaba los buenos modales.

-¡Pero, de ninguna manera!, contestó Leopoldo, -Al contrario, me alegro mucho de poder ayudar.

-Sí, la distancia entre el dobladillo y el suelo es la correcta; es la altura perfecta para empezar a practicar, ya que si te cayeras, no te lastimarías, agregó Baldwin dirigiéndose a Serafina.

-Serafina deberá aprender sobre todo a no usar todas sus glándulas para hilar al mismo tiempo.

Baldwin comenzó explicándole: -Primero debes saber que tienes miles de glándulas para hilar.

-¡Oh! ¿Sí, tantas? , interrumpió Serafina y empezó a contarlas.

-¡Sí, tantas! Pero hazme un favor Serafina y no las cuentes ahora.

-Bueno, si te parece... , dijo Serafina, aunque le hubiese gustado saberlo, pero esta vez Baldwin tenía razón.

El cuervo continuó con su aplicación. -¿Dónde había quedado? ¡Ah! Sí, miles de glándulas para hilar. Con estas glándulas tú puedes hilar tres clases de hilos. La primera clase la necesitas para las redes. Con la segunda clase envuelves a los insectos que queden atrapados en tus redes y la tercera clase te sirve para descolgarte. Pero nunca debes usar las tres clases al mismo tiempo, porque si no, te enredarás terriblemente.

La pequeña arañita tuvo algunas dificultades para descubrir cuáles eran los hilos para descolgarse, pero después de algunos intentos fallidos se dio cuenta de cómo hilarlos.

-¡Esto no era nada difícil!, gritó Serafina entusiasmada, y mientras sujetaba un hilo del dobladillo del pantalón de Leopoldo, se descolgó. Pero de pronto temió caerse y activó sus glándulas y el resultado fue que el hilo no era cada vez más largo sino cada vez más grueso.

-¿Que hago ahora? Así no puedo seguir, se quejó Serafina.

-¡Debes trepar por tu hilo, luego debes cortarlo y empezar nuevamente. Serafina siguió las indicaciones de Baldwin y la segunda vez le salió mejor, pero poco antes de llegar al suelo su hilo volvió a engordarse. Rápidamente trepó y comenzó nuevamente.

-Esta vez lo lograré, se dijo dándose valor. Y efectivamente en el tercer intento, logró descolgarse hasta el suelo. ¡Qué sensación tan agradable!

-¡Lo logré!, gritó de alegría Serafina saltando con sus ocho patas a] mismo tiempo. Ahora no había quién pudiera parar a la pequeña araña.

-¡Ahora desde más arriba! gritaba. ¡Desde arriba del todo! ¡Desde el sombrero!

Serafina aún no había practicado lo suficiente. El cuervo le advirtió: -Quédate aquí! Es muy peligroso. Pero Serafina no escuchó nada. Como un remolino trepó hasta el sombrero de Leopoldo. Sujetó su hilo del ala del sombrero y se descolgó. Pero en su euforia activó muy pocas glándulas, el hilo se rompió y Serafina cayó vertiginosamente al suelo. Con astucia, el espantapájaros se sacudió y un

montón de paja cayó al suelo, justo a tiempo para que la arañita aterrizara suavemente sobre el blando colchón. *-Esta fue una caída con suerte gracias a tu querido Leopoldo*, dijo muy bajito Serafina, pues sentía aún el susto en la garganta.

El cuervo no dijo ni una sola palabra, pero su mirada llena de reproches fue un castigo mucho mayor para Serafina que un espantoso sermón.

A partir de ese día Serafina empezó a practicar diariamente a descolgarse por partes. Primero del dobladillo, luego desde la rodilla, más adelante desde el bolsillo del pantalón y desde la manga del saco. Mientras Serafina practicaba y practicaba, Baldwin le volvió a colocar toda la paja al cuerpo de Leopoldo porque ya estaba tan flaco que casi se le caían los pantalones.

Finalmente Serafina llegó al ala del sombrero. *-¿Puedo?*, preguntó tímidamente a Baldwin. El cuervo asintió y el esfuerzo y la perseverancia fueron recompensadas. Pudo finalmente descolgarse sin inconvenientes ni accidentes. Súper alegre, Serafina gritó:

-¡Lo aprendí! ¡Realmente lo aprendí!

Y ya había trepado nuevamente al sombrero para descolgarse otra vez. Pero esta vez frenó antes de llegar al suelo y comenzó a hamacarse en su propio hilo una y otra vez.

El cuervo y el espantapájaros sonrieron *-Ji, ji, ji. Yo no sabía todo lo que podía hacer con mi hilo*. Exclamó Serafina. Ese día Serafina hizo innumerables pruebas con su hilo y Baldwin lo autorizó pues Serafina realmente se lo merecía.

La primera tela de araña

Ahora había llegado el momento propicio para comenzar a Serafina familiarizarse con la construcción de su red.

Esto es lo que pensó Baldwin, pero al parecer no conocía demasiado bien a Serafina. Porque a la pequeña le alcanzaba totalmente haber aprendido a hilar un hilo para descolgarse una y otra vez. Y pensaba para sí:

-Para una arañita pequeña como yo es un esfuerzo enorme tejer un hilo tan hermoso, después de éste tremendo trabajo en primer lugar debo descansar. Además es absolutamente innecesario aprender a tejer telarañas ya que no la usaré como vivienda, yo vivo en el nido del cuervo y para cazar moscas tampoco las necesito, pues Baldwin me trae alimento todos los días.

En una palabra, ella no tenía ganas. Por eso Serafina buscaba cada día nuevas excusas para postergar las clases.

Un día hacía demasiado frío, otro día demasiado calor. Luego estaba muy ventoso. Otro día ya estaba demasiado oscuro o llovía.

En este aspecto era una arañita muy creativa. Pero Si su creatividad y fantasía no la ayudaban, y esto ocurría con cierta frecuencia, entonces de pronto se desguinzaba una pierna.

Pero un buen día, ocurrió algo totalmente imprevisto. Sucedió así: Baldwin justo había aterrizado junto a Serafina sobre el brazo izquierdo de Leopoldo y el cuervo esperaba que la arañita saliera de entre sus plumas: *-¿dónde estás?*, preguntó impaciente.

¡Espera un momentito! Pero Serafina no aparecía. La pequeña araña había usado tantas veces la excusa de la pata desguinzada, que ahora no recordaba si por la mañana había rengueado con la segunda pata delantera derecha o con la primera pata trasera izquierda.

Mientras trataba de recordarlo, Baldwin le evocó: -si es que olvidaste con cuál pata rengueabas esta mañana, era la segunda pata trasera izquierda.

-¿Co ... co... cómo? , tartamudeó Serafina sacando su cabecita de entre las plumas de Baldwin,

-Hoy era la segunda pata trasera izquierda, repitió el cuervo impasible.

-¡Ay, Dios mío, me has descubierto!, se le escapó a Serafina. .

¡Sí!, y ahora termina con todo este teatro.

-Oh, querido Baldwin, por favor no seas así, mendigó la arañita, -ten compasión de una pequeña huerfanita.

-Pero... por favor... ¡huerfanita tú!

Baldwin tuvo que disimular una sonrisa.

-Ahora aprenderás. Aquí, sobre esta hoja de arce, te anoté todas las indicaciones necesarias para construir una tela de araña. Cuando vuelva de buscar alimento, te las habrás aprendido de memoria, ¡de lo contrario esta noche dormirás al aire libre!

Estas duras palabras tuvieron sur efecto. Serafina se quedó muda y esto realmente no sucedía con frecuencia.

El espantapájaros que había escuchado todo, dijo: -bueno, bueno... Baldwin, ¡no seas tan severo con la pequeña!

-¿Con la pequeña?, interrumpió el cuervo con energía, -la pequeña pronto será adulta, No puede vivir eternamente en mi nido. Alguna vez tendrá hijos, y ¿entonces qué? Imagínate todos los Serafinitos y Serafinitas en mi nido. Yo ya no soy tan joven. No, no, así no va. Bueno, Serafina, ¡ya oíste lo que te dije!

La pequeña arañita había entendido muy bien: en primer lugar estaba avergonzada por haber sido descubierta por Baldwin engañándolo; en segundo lugar estaba ofendida porque no podía hacer su voluntad, y en tercer lugar, estaba enojada porque ahora sí tenía que dedicarse a aprender.

Entonces hizo lo que últimamente siempre hacía cuando no quería escuchar más; sujetó su hilo a la manga de Leopoldo, puso a funcionar sus glándulas para hilar y rápidamente se descolgó en un largo hilo al suelo.

Pero el cuervo fue más rápido y debajo la recibió con estas palabras: -esto tampoco te salvará hoy! Abrió sus alas y se fue volando.

Serafina, llena de ira corrió gritando y gesticulando con sus patas alrededor del palo de Leopoldo.

-¡No, no, yo puedo hacer eso, no, no! .

Echó chispas un buen rato, hasta que Leopoldo le dijo: -Serafina, espera.... yo creo que...

-No tengo tiempo ahora, estoy furiosa, le contestó la arañita mal humorada. .

-Pero... ¡cállate un momento!, le pidió el espantapájaros.

-¿Por qué debería hacerlo? , preguntó Serafina en forma insolente.

-Es que creo que oigo llorar a alguien. .

-¡Yo no oigo nada!, respondió Serafina con frialdad.

-¡Naturalmente que no! Con el alboroto que has armado, no pudiste oír nada!, replicó Leopoldo con enojo y con razón.

Serafina dio una última vuelta alrededor del palo, se detuvo y escuchó. Efectivamente; ahora ella también percibía algo. Dio unos pasos en la dirección de la cual provenían los gemidos. Ahí, debajo de unos pastos doblados, vio un ovillo de hilos temblando. Se acercó y miró esa cosa extraña de todos los costados..

Luego preguntó: *-¿Eres tú el que llora?*

-Sí, yo, se escuchó una vocecita temblorosa.

-¿Quién eres y por qué lloras? , indagó Serafina.

-Soy Josefina, y soy una "araña de la cruz", sollozó el ovillo, ' -me enredé en mis hilos y ahora no puedo salir!

-¡Oh ...! Se compadeció Serafina, -eso lo conozco muy bien. A mí me sucedió con frecuencia. Pero no tengas miedo, pequeña Josefina, yo te liberaré enseguida!"

Cuando Serafina se disponía a romper los hilos, escuchó un grito desesperado de dentro del ovillo. -

¡No, no, así no, eso no debes hacerlo! ¿Pero qué te sucede?, si yo no te quiero hacer nada malo.

-¡Los hilos, cuidado con los hilos!, se quejó Josefina. -La mayoría de mis hilos son pegajosos y si los tocas, te quedaras pegada también!

Menudo susto. Quedarse pegada era algo que Serafina no quería. Pero qué iba a hacer, ¿dejar a "la arañita de la cruz" en el ovillo y ver cómo moría de poco? No, eso no lo podía permitir y se puso a pensar intensamente cómo salvar a Josefina.

-¡Debo encontrar un camino! pensó. Y de pronto, encontró la idea salvadora.

Buscó unos pastos y separó con ellos los hilos pegajosos, los demás los mordió hasta que hizo con ellos una abertura en el ovillo. Por allí le alcanzó un pasto muy largo y fuerte a Josefina diciendo:

"sujétate bien del pasto, que yo tiraré de aquí para sacarte.

Pasó algún tiempo antes de que la arañita de la cruz pudiera deshacerse de los hilos pegajosos.

Serafina tiraba y tiraba hasta que, de pronto, sintió un sacudón, perdió el equilibrio y cayó.

Cuando se incorporó vio a la araña de la cruz sentada delante del ovillo. *-Puhhh..., respiró Serafina aliviada, ¡lo hemos logrado!*

Mientras ayudaba a Josefina a sacarse el resto del pegamento, le preguntó: *-¿Cómo sucedió esto?, ¿quién puso pegamento sobre tus hilos?*

-¡Yo, naturalmente!, respondió la arañita de la cruz.

-¿Tú ...?, Serafina abrió los ojos. Hubiera sospechado cualquier cosa, menos esto.

Serafina sacudió perpleja su cabecita.

-¿Tú cubres de pegamento tus propios hilos y luego te sorprendes de quedar pegada en ellos?

-¿No te lo podías imaginar?"

-Sí, pero es lo que tengo que hacer si quiero construir una red, se defendió Josefina mostrándole un plano en una hoja de arce a Serafina. -Mira, si no crees. Bueno... creo que al hilar debo haber hecho algo mal.

Ambas arañitas miraron detenidamente la hoja de arce y estudiaron el plano. Serafina leyó en voz alta.

¡Primero, dos puntos. Debes hilar una estrella, unir los extremos de afuera y sujetarlos a pastos o ramitas. Todo debe parecerse a la rueda de un carro.

-Sí, eso hice, aseguró Josefina.

-Segundo, dos puntos. En el centro de la estrella hay que tejer una pequeña espiral para la vivienda. También lo hice, asintió la arañita de la cruz.

-Tercero, dos puntos. Ahora, un poco alejado de la pequeña espiral: debes colocar una espiral grande sobre toda la estrella.

Luego debes poner abundante pegamento sobre la espiral grande. Punto final.

-¡Lo hice! ¡Ay, Dios! Los ojos de Josefina comenzaron a brillar.

-¡También le puse pegamento a mi vivienda! Claro, también le puse el pegamento a la espiral pequeña, y cuando quise descansar en ella, me quedé pegada. La próxima vez deberé estar más atenta.

-Tu telaraña se construye mucho más rápidamente que la red que debo hacer yo, comprobó Serafina.

-Momento... dijo, -se me ocurre algo que debo probar yo misma.

Con mucho cuidado puso en funcionamiento sus glándulas de hilar. Sujetó sus tres, tipos de hilos de un pasto, avanzó un trecho hilando por detrás los tres hilos, luego cortó los hilos y examinó los que colgaban del pasto. No estuvo conforme con el resultado y repitió todo una y otra vez.

Finalmente abandonó, se sentó agotada en el piso y dijo desilusionada:

-¡No tengo!

-¿Qué es lo que no tienes? preguntó confundida Josefina que había observado todo atentamente.

-No tengo pegamento. Yo quería construir una tela de araña como la tuya, pero no puedo. Entre mis hilos no hay pegamento.

Josefina controló minuciosamente el plano de Serafina. -¡Qué raro! dijo, -el plano es casi igual al mío, solamente que tú debes colocar sobre la estrella hilos de lana!

-¿Solamente?, pahh.., dijo Serafina, en forma de burla. -Justamente ese es el problema. Primero, que se me enredan esos hilos de lana deshilachados, y segundo que tardo una eternidad en colocar esos hilos de lana sobre mi red.

-Eso es cierto, dijo Josefina, -pero para eso es más duradera.

-¿Por qué dices eso?

Josefina puso los dos planos uno al lado del otro y dijo:

-Aquí dice que tu red debe ser renovada cada seis o siete semanas y en el mío que debo tejer una nueva red cada dos o tres días, para entonces, el pegamento estará seco y no conseguiré más alimento.

-¿Eso dice ahí? Serafina aún no estaba convencida.

-¡Hm, hm!, aseguró la araña de la cruz alcanzándole a Serafina ambos planos. -Mira por ti misma.

Ambas arañitas estudiaron nuevamente los dos planos con sus respectivas indicaciones. Luego comenzaron a hilar sus telas de araña. Josefina una red con pegamento y Serafina una red sin pegamento.

Cuando finalizaron sus trabajos, los admiraron llenas de orgullo. Pero ninguna olvidó de alabar la red de la otra.

-Sí, esto lo has hecho realmente hermoso, se metió de pronto Baldwin en la conversación. Justo había regresado de su búsqueda de alimento.

-¡Uh! se asustó la arañita de la cruz, huyendo bajo una piedra. Pero después de la explicación de Serafina acerca de quién era ese pájaro negro, Josefina se tranquilizó y salió de su escondite.

-Bien, ¡ fortalézcanse primero!, sugirió Baldwin, -después de tantos esfuerzos seguramente estarán hambrientas.

No necesitó decirlo dos veces. Con muy buen apetito Josefina y Serafina se abalanzaron sobre el alimento que Baldwin les había traído. Mientras comían le fueron contando todo lo que había sucedido.

El cuervo tuvo algunas dificultades en comprender que las ansiosas arañitas hablaban al mismo tiempo y, para colmo, -con la boca llena.

En el vuelo de regreso al nido, Baldwin le dijo a Serafina que estaba realmente orgulloso de ella.

-¿No dolido por lo de esta mañana? preguntó Serafina.

-Para nada, respondió el cuervo.

-Y, en el futuro, ¿también podré visitarte en tu nido con todos mis hijitos? ...ah, . . . tú sabes... porque ya no eres tan joven...

-Por supuesto que puedes, se rió Baldwin, *-¡ya me estoy alegrando por ello!*

-Entonces, ¿está todo bien?, suspiró Serafina aliviada.

Recién ahora Serafina se sintió verdaderamente feliz y satisfecha.

Hechos extraños en otoño

El otoño hizo su entrada en el bosque y la vida de las plantas y los animales comenzó a cambiar. Los árboles y los arbustos brillaban con los más hermosos colores. El viento otoñal crujía entre la hojarasca y hacía bailar a las multicolores hojas. La ardilla, el erizo, la liebre y muchos otros habitantes del bosque comenzaron a juntar sus provisiones para pasar el invierno.

Y también Serafina comenzó a sentir cambios. Ya hacía algún tiempo que estaba más callada. Sorprendentemente preguntaba mucho menos. Tampoco comía con el apetito de siempre y hasta los paseos con Baldwin no la entusiasmaban más.

Generalmente permanecía en casa, pero no en el nido del cuervo, donde siempre se había sentido a gusto, no, dos ramas más allá se había construido su telaraña y allí dentro se quedaba todo el día. Un día Serafina trepó al borde del nido de Baldwin. *-Escúchame, Baldwin..., comenzó, -debo informarte algo.*

-¿Por qué con tanta seriedad, Serafina?

-Me iré de aquí, dijo la pequeña araña con cara triste, -¡lejos, muy lejos y no regresaré nunca, nunca más!

-¿Te he lastimado de alguna manera?, preguntó Baldwin preocupado.

-Pero no, tú no. La cara de Serafina se puso más triste aun

-¿No quieres contarme lo que te preocupa?

-Eso no puede ser, se negó la arañita, -porque es una cosa sumamente desagradable lo que me pasa. ¡Yo misma no sé qué es!

Y luego rodó la primera lágrima por la cara de la arañita.

-Tal vez pueda ayudarte, le dijo el cuervo a su amiga.

-¡Nadie puede ayudarme!, sollozó Serafina, -al espantapájaros pudimos ayudarle, pero...

-¿Al espantapájaros? Baldwin comenzó a sospechar algo. ¿Te pica?, preguntó significativamente.

-Hm, hm, lloró Serafina, ¡y cómo! Posiblemente esté llena de bichos, pulgas o piojos, ah, qué sé yo... bubu...bubuuu...!

-¿Por esto te has mudado de mi nido?.

-Sí, asintió la pequeña araña, -yo quería evitar que los bichos también te atacaran a ti, buhuhuuu... ¡Ay! ¡ay!, esto es tan desagradable! .

-Fuiste muy buena al hacer eso, querida Serafina, pero no era necesario, tú no tienes bichos, la consoló Baldwin.

Serafina. miró con sus grandes ojos llorosos a Baldwin: *-entonces ¿tengo una enfermedad más grave?*

-Ni lo uno ni lo otro, aseguró Baldwin, -tu piel vieja se desprende y tendrás una nueva. Eso es todo.

-¿Otra piel? Serafina se quedó perpleja, -pero yo no quiero perder mi vieja piel, quiero quedármela! Además, ¿dónde conseguiré tan rápidamente una nueva piel? y tampoco sé si la nueva me quedará bien. 'No, no. Yo quiero quedarme con mi vieja piel.

-Eso no se puede, Serafina, explicó el cuervo. -Todos los días has crecido un poquito pero tu piel no, eso le sucede a las arañas. La vieja piel te queda muy chica, por eso se desprende y eso pica.

-Sí, pero entonces, ¿qué pasará? ¿Qué hago cuando se haya caído la piel vieja? ¿Tendré que andar sin piel por ahí?, preguntó angustiada Serafina.

-¡Claro que no! Tu nueva piel ya está debajo de la vieja, pero aún es muy blandita y delicada. Una vez que se haya desprendido la piel vieja deberás permanecer muy quietecita un par de horas. Recién podrás volver a moverte cuando la nueva piel esté seca y firme.

-¿Quietecita? exclamó Serafina enojada, -¡ya sabía yo que había algún problema en todo esto!

Quedarse quieta era casi lo peor que podía pasarle a Serafina. Pero no había otro remedio.

Serafina trepó al nido de Baldwin y éste la cubrió con hojitas para protegerla. Él sabía que las arañas jóvenes que cambian su piel son un manjar para otros animales. Por lo tanto no se apartó de su lado mientras Serafina aguardaba que su piel endureciera. .

Mientras tanto, Baldwin trataba de distraerla con las más diversas historias.

Pero para la pequeña impaciente, el tiempo no pasaba nunca. Constantemente interrumpía al cuervo.

-Baldwin, seguramente el tiempo necesario ya pasó y tú te has olvidado de avisarme.

-¡No he olvidado nada!

-Baldwin, escucha; creo que se me durmió mi segunda pata trasera y quisiera estirarme un poco.

-¡Serafina, me estás haciendo enojar!

-¡Oh, querido Baldwin!, ¿no podrías fijarte si ya se secó mi pellejo?

-¿Te quedarás quieta?

Finalmente llegó el momento. Serafina se pudo estirar a gusto y lo disfrutó mucho.

-¡Qué fatigoso eso de estarse quieta. Yo necesito moverme!, dijo y comenzó a correr por todo el nido.

De pronto paró y decidió. -Este nido es muy pequeño para mí, no tengo suficiente lugar. Iré afuera a estirar mis patas. ¡Hasta luego, Baldwin! E hilando una larga hebra llegó hasta el suelo

-Vete, querida Serafina, le contestó el cuervo con una sonrisa.

Serafina se dirigió primero a lo del espantapájaros y se presentó con su nueva piel. Luego fue dando saltitos a visitar a su amiga Josefina. Finalmente se miró un arroyito que corría al costado del trigal. Y feliz con la imagen que había visto corrió un al borde de él.

Bastante tarde regresó al nido de Baldwin. Estaba hambrienta y se alegró de la cena. Mientras se alimentaba le Contó a Baldwin con lujo de detalles todo lo que había hecho y le transmitió los saludos de Leopoldo y Josefina. Después se acostaron a dormir. .

Justo cuando Josefina se había acurrucado entre las plumas de Baldwin recordó algo.

-¡Ah, Baldwin, casi me olvido! Imagínate, en el bosque encontré un lirio de los valles.

Serafina esperó que el cuervo hiciera algún comentario. Pero nada. Baldwin permaneció callado. La arañita intentó nuevamente.

-Eh, Baldwin, he visto lirios de los valles. ¿Escuchaste? Estoy hablando contigo.

-Ah, estás despierta, yo creí que dormías. ¿Cómo podría dormir? Sí, estoy hablando contigo.

-Bueno, si me cuentas que has visto lirios de los valles, entonces tengo que suponer que estás soñando y hablas en sueños.

-¡Qué! ¿no me crees? La pequeña araña salió de entre las plumas de Baldwin y se sentó justo frente a él en el borde del nido. -Pero yo te aseguro que los he visto.

Baldwin suspiró. -¿Has olvidado todo lo que te enseñé sobre la naturaleza? ¿En qué estación estarnos?

-Otoño, pero...

-Bien, con ello está claro que no pueden haber sido lirios de los valles. Serafina, que fue interrumpida constantemente por Baldwin replicó en voz alta:

-Pero, déjame hablar. A mí también me pareció raro. Pero yo vi campanitas blancas colgadas de los pastos. ¡Y lo que he visto, lo he visto! Dijo Serafina con fuerza.

-Si tú no me crees, yo todavía sé con exactitud dónde los vi, Ven, te los mostraré!

Serafina ya se disponía a deslizarse por su hilo hacia abajo, cuando Baldwin la frenó con energía.

-Serafina, tú te quedas aquí. Hoy no iremos a ver tus lirios. Ya está demasiado oscuro. Mañana temprano buscaremos tus lirios de los valles.

-¿Seguro, mañana temprano?, preguntó Serafina con insistencia.

-Sí, mañana. ¡Ahora a dormir!

Un poco desilusionada, Serafina se acurrucó entre las plumas de Baldwin diciendo en voz muy baja.

¡Sí, que eran lirios de los valles! Con los primeros rayos del sol Serafina despertó y recordó inmediatamente los lirios. Se trepó a la cabeza de Baldwin dijo: -Levántate, Baldwin.

-¿Cómo... , qué sucede?, el cuervo abrió trabajosamente sus ojos.

-Quiero ver mis lirios de los valles!

-¡Tan temprano! Todavía tengo sueño, dijo el cuervo malhumorado.

-¡Tú lo has prometido!, insistió la arañita.

-Bueno, por mí ..., total no me dejarás en paz hasta que vayamos.

Baldwin voló según las indicaciones de Serafina. Primero un trecho derecho, luego a la derecha y nuevamente derecho. Después de un largo rato descansaron brevemente en un claro. Aquí la pequeña araña divisó los finísimos hilos de seda en el aire y llena de confianza dijo.

-Ahora estoy segura de que las flores que he visto son campanitas blancas.

Bien, bien, dijo Baldwin.

-Oh, ¡y entonces debe haber hadas en las cercanías!

El cuervo dirigió su mirada hacia el cielo y suspiró -¡Otra vez las hadas!

-¡Sí, sí, hadas! La arañita no se dejaba convencer de lo contrario. -Por aquí vuelan cabellos de hada.

¿No los ves? , ¡Y las hadas han hecho magia y han colocado estas campanitas en el bosque!

El cuervo sonrió. -Bueno, mira este cabello de hada, ahí viene uno volando.

Serafina observó el cabello de seda que venía volando y cayó justo a su lado. Pegada al cabello venía una minúscula arañita.

-Ah, ahora se lo voy a mostrar a Baldwin, pensó Serafina muy segura de sí misma y se dirigió a ella.

-Tú, pequeña, ¿me puedes indicar dónde viven las hadas del bosque?

-No lo sé, contestó muy cortésmente la arañita.

-Pero si ellas te han regalado el cabello sobre el cual llegaste volando hasta aquí.

La pequeña arañita comenzó a reír. -Hi, hi, hi, éste no es el cabello de un hada, hi, hi, hi, éste es mi propio hilo. Nosotras "las arañas lobo", viajamos de este modo. Pero ahora debo continuar mi viaje.

¡Hasta pronto!

La brisa que había levantado el hilo por los aires lo llevó hacia el bosque.

-¿Esto lo he soñado, o realmente sucedió?, preguntó Serafina confundida. -¿Puede ser algo así?

-Sí, algo así puede ser, asintió el cuervo. -Las arañas lobo no salen del cascarón como tú en primavera, sino en otoño y muy pronto buscan otro hogar. Como son tan pequeñas y livianas pueden trasladarse por grandes distancias en su hilo. De esta forma se ahorran largas caminatas. Serafina quedó pensativa.

-No, si no lo hubiera visto con mis propios ojos, no lo creería. ¡Una araña que puede volar!

Pronto siguieron su viaje y al poco tiempo Serafina descubrió desde el cuello del cuervo sus campanitas blancas. *-Ahí, ahí abajo, ahí están realmente.*

El cuervo aterrizó y miró detenidamente las campanitas de Serafina. Finalmente dijo:

-Ya me lo había imaginado. Tus campanitas no son campanitas, sino lamparitas de hadas.

Por un momento Serafina quedó petrificada, respirando con dificultad, Entonces comenzó a patear y golpear la tierra con sus ocho patitas gritando enfurecida:

-¡Rmrrnrmmrrnr, ahora es suficiente! -Pero, ¿qué te sucede?, preguntó Baldwin asustado.

-¿Todavía me lo preguntas?, gritó Serafina echando chispas.

-Desde que estoy contigo una y otra vez me contaste que no existen las hadas y ahora, de pronto mis campanitas blancas son lamparitas de hadas. No volveré a hablar ni una sola palabra contigo.

Profundamente ofendida, Serafina se sentó en el pasto dándole la espalda a Baldwin.

-¡Serafina ..., pidió el cuervo, querida..., amorosa, pequeña Serafina, mírame otra vez, por favor. Baldwin rodeó a Serafina intentando mirarle la cara. Pero la pequeña arañita giró rápidamente y nuevamente le dio la espalda.

-No hay nada que hacer, pensó afligido Baldwin, ¡solamente un milagro me podrá ayudar!

Mientras Serafina seguía enfadada observó que una araña muy extraña trepaba sobre su campanita o lamparita de hada, No sólo trepaba sino que además lanzaba un pegamento y tapaba su hermosa campanita blanca con un horrible polvillo gris.

-¿Qué está haciendo con la campanita? ¡La estas ensuciando toda!

La otra araña la miró extrañada. *-¿Quién me molesta en mi trabajo? Pero cuando vio a la gruñona Serafina sonrió con amabilidad. ¡Buenos días, pequeña araña. En la campanita, como tú dices, he puesto los huevos de los que el año próximo saldrán mis hijos. Lamentablemente tengo un hilo muy clarito y la campanita se vuelve visible para otros animales.*

-Sí, eso es cierto, asintió Serafina, -yo la he visto desde el aire.

-Exactamente, a eso me refiero, dijo la otra araña, -nuestros enemigos, para quienes los huevos de araña son un banquete, también descubren rápidamente las blancas campanitas. Y para que no se devoren nuestros huevos, debemos disimularlos con polvillo y tierra.

Después de que Serafina agradeciera esta explicación, la otra araña siguió con su tarea. En muy poco tiempo ya no se podía ver nada de la campanita blanca.

Ahí estaba Serafina, pensando intensamente cómo hacer para reconciliarse con Baldwin. El cuervo pareció descubrir lo que le sucedía a su amiga y dijo:

-¡Ahora seguramente querrás saber por qué a tu campanita le dije lamparita de hada!

-Sí, dijo Serafina aliviada y de un salto giró y le miró a los ojos

-¡Este nombre lo inventaron los Hombres! Tú has visto cuán rápidamente la araña hizo invisible la campanita. Y como los Hombres no tienen explicación para esta misteriosa desaparición, pensaron que serían hadas con sus lamparitas. En realidad, esas campanitas se llaman capullos.

-Capullos, repitió Serafina, -hoy he aprendido tanto, que me parece que no puedo aprender más nada en este mundo que no sepa ya.

Baldwin se rió y dijo: *-Todavía hay muchos más milagros en el mundo; ni tu vida ni la mía alcanzarían para conocerlos todos.*

-¿Seguro, tantos? , se sorprendió Serafina.

-Sí, seguro, tantos, pequeña Serafina.

Cuartel de invierno

Un día regresó Baldwin muy alborotado de una excursión.

-Serafina, ven rápido, encontré un lugar excelente para pasar el invierno. ¡Rápido, debo mostrártelo!

Serafina trepó a la espalda de Baldwin y partieron. Volaron, sobre un enorme trigal, por un bosquecito de abedules y más allá, a lo largo de un arroyito, hasta que detrás de una colina apareció una casita de campesinos abandonada y algo destruida. Baldwin se dirigió directamente hacia ella y aterrizó con su manera algo torpe. *-Bien, aquí estamos, este será nuestro nuevo hogar. ¿Te gusta?*

Serafina se había bajado de Baldwin con un gran salto y radiante dijo:

-¿Toda una casa para nosotros solos? ¡Fantástico!

Al decir esto giró varias veces sobre sí misma. Pero pronto se detuvo, miró a su amigo y dijo pensativa: *-Baldwin, ¿estás realmente seguro que aquí no vive gente de dos patas?*

-Absolutamente seguro, respondió el cuervo.

-Si una casa está tan destruida como ésta, ya no es habitable para las personas.

Serafina justo estaba por decir *-¡ajá...!* muy tranquilamente, cuando una puerta se cerró de golpe.

Serafina se asustó mucho y se acomodó muy cerquita de su amigo. Con mucho susto miró hacia todos lados. Baldwin la observó detenidamente. *-¿Será que tienes miedo? ¿Miedo yo? ¿yo?*

-Bueno, entonces está bien, dijo Baldwin sonriendo y agregó: *-En estas casas faltan muchas ventanas y hay muchas rajaduras en las paredes.*

-También falta parte del techo. Por todas esas aberturas sopla el viento y es posible que se golpee una puerta o una ventana.

-¡Ah!, suspiró Serafina más tranquila, *¿qué haría sin ti? Yo creo que en todo el mundo no hay nadie más sabio que tú. Y sabes explicar todo tan bien que se puede comprender fácilmente y entonces uno ya no tiene miedo.*

El cuervo carraspeó algo confundido y dijo: *-Debemos empezar a hacer habitable esta casa para el invierno. Debemos trabajar mucho para tapar todas las rajaduras. Yo iré a buscar ramitas y hojas y tú buscarás en el interior de esta casa el cuarto con menos agujeros en las paredes, pues ahí nos ubicaremos.*

Serafina estaba orgullosa de haber recibido de Baldwin una tarea tan importante. Así recorrió pieza por pieza asombrada todo a su paso. De las paredes colgaban enormes cuadros con caras, cuyos ojos la miraban fijamente. Muchas sillas con dos o tres patas estaban tiradas por el piso. Había también roperos y armarios con sus puertas abiertas que se golpeaban con el viento. Pero lo más lindo eran los sofás destartados; allí Serafina podía saltar y brincar a gusto. Pero ninguno de estos cuartos era el apropiado para su cuartel de invierno. Las paredes y los techos estaban muy deteriorados y faltaban puertas y ventanas. Así Serafina continuó con su búsqueda hasta llegar a una larga y empinada escalera que se dirigía hacia abajo.

Serafina se sujetó del pasamanos y en su hilo se deslizó hasta abajo.

-Esto debe ser el sótano, pensó, *-no tiene ni puertas ni ventanas y está muy oscuro. Creo que hallé el hogar para Baldwin y para mí.*

De pronto pegó un grito y quedó paralizada. Unos ojos se le acercaban. Se izó lo más rápidamente que pudo en su hilo y salió saltando del cuarto. Una vez afuera llamó casi sin aliento:

-¡Baldwin, en el sótano hay un monstruo!, y se trepó a él escondiéndose entre sus plumas. Lentamente Baldwin entró en la casa con Serafina escondida entre sus plumas. Escalón tras escalón bajó al

sótano, lentamente los ojos del cuervo se acostumbraron a la oscuridad. Una vez abajo, miró todo con detenimiento.

Allí observó colgados del techo a dos pequeños murciélagos que los miraban temerosos. Baldwin se inclinó amablemente.

-Buenos días, dijo, -yo soy Baldwin, ¿y ustedes quiénes son?

-Buenos días, se escuchó tímidamente desde el techo, -yo soy Amadeo y ésta es mi mujer Constanza. No sabíamos que esta casa ya estaba habitada, Perdón, por favor, ya nos retiraremos.

-Pero, ¿a dónde, Amadeo? preguntó Constanza, -las piedras del castillo fueron derrumbadas; ahí no podemos volver y la cueva subterránea adonde vivíamos fue tapada.

Amadeo parecía tan triste como su mujer, pero tratando de levantarle el ánimo dijo:

-Ya encontraremos algo, tranquilízate mi amor.

Pero Constanza estaba desesperada. *-Pronto llegará el invierno la nieve. Nos vamos a congelar si no: encontramos rápidamente un refugio. Sí, nos congelaremos igual que todos nuestros parientes el año pasado. ¡Ay, Amadeo! ¿qué haremos?*

Serafina, que había escuchado atentamente, salió de entre las plumas. Cuando Constanza descubrió a la arañita se escondió entre las alas de Amadeo.

-¡Oh, allí está el animal salvaje que recién vimos!

Baldwin se rió. *-El animal salvaje es una inofensiva arañita, que tiene tanto miedo como ustedes.*

Serafina, que había recobrado su valentía dijo:

-Antes yo sólo había visto vuestros ojos y me asusté terriblemente. Mi nombre es Serafina.

Muy lentamente Constanza sacó su cabecita de entre las alas de Amadeo y miró asustada todavía a Serafina.

-¡Y tú has gritado tan fuerte, que yo pensé que eras un animal salvaje! Ahora todos rieron con ganas, Baldwin opinó luego: -Ahora debemos volver al trabajo, todavía hay mucho que hacer en nuestra casa hasta que llegue el invierno.

Y dirigiendo la mirada hacia los murciélagos agregó: *"y por supuesto que ustedes se quedan aquí.*

-¡Sí, de eso no hay ninguna duda! dijo alegremente Serafina.

Se pusieron a trabajar para hacer confortable el sótano que debían compartir durante el invierno.

Pasaron el tiempo durmiendo, comiendo y con mucha charla hasta que un buen día, hizo su entrada la primavera.

Cipriano

Llegó el día que Serafina tenía que higienizar su tela de araña. Baldwin había volado a visitar a unos parientes en la ciudad por unos días. Amadeo y Constanza se habían ido de excursión. Por lo tanto, Serafina pudo con toda tranquilidad limpiar y ordenar su morada. Arregló hilos, zurció agujeros y retiró toda la suciedad acumulada durante el invierno en su tela.

Después de finalizar su tarea, regresó bastante cansada, pero satisfecha por la labor completa en su morada. Ya se estaba acomodando cuando sintió un tirón en la tela.

-¡Ajá, se dijo a sí misma, -llegó el almuerzo.

Nuevamente sintió el tirón en sus hilos, pero ahora de mayor duración, como si alguien estuviera controlando la tensión de su tela de araña. Serafina se intranquilizó.

-¿No será que un ser extraño quiere invadirme?, pensó.

Cuidadosamente espió entre los hilos. Pero no pudo divisar nada ni a nadie.

-¡Ahí, otra vez! Ahora el tirón no acababa más.

La tela de Serafina no dejaba de hamacarse. La pequeña arañita cerró sus ojos.

-¡Ahora, ahora se arrancan mis hilos y yo me estrello!

Serafina estaba acurrucada y esperaba cualquier cosa. Pero nada sucedió. Solamente la tela de araña se hamacaba y hamacaba. *Pero, ¿por qué?*

Muy despacito abrió sus ojos, paró sus orejas y escuchó. ¡Efectivamente! La pequeña Serafina no lo podía creer.

Alguien estaba tocando una melodía sobre sus tan trabajosamente sujetos hilos.

-¡Esto ya es demasiado!, pensó, -¿quién sabe cuánto más podrán aguantar hilos?

Así es que no le quedó otra cosa que intentar espantar a este ser musical molestó.

Salió de su morada y gritó: *-¡Eh, usted! ¡Mi tela no es una cuerda de un instrumento para puntear. Haga su música en su propia casa!*

Pero Serafina se asombró por lo que vio: sobre un madero, del cual había sujetado su tela, había un joven araña que tocaba la melodía. Saludó amablemente a Serafina, sonrió y aparentemente no estaba dispuesto a dejar de tocar su música.

Enojada por tanta impertinencia, Serafina dijo:

-¡Usted, ¡punteador, termine inmediatamente si no quiere que me estelle junto a mi tela!

-De ninguna manera, mi señorita, de ninguna manera, dijo el joven amablemente.

-¡Ajá!, dijo Serafina malhumorada, cruzando sus dos patitas delanteras, -¡así que no quiere eso!

-¡Claro que no!, trató de explicar el joven, -al contrario, yo quería darle una alegría. Yo compuse esta melodía exclusivamente para Ud. y debiera escucharla hasta el final. Hubiera sido una pena interrumpir esta hermosa pieza, ¿no es cierto?, estimada señorita.

-Yo no soy su estimada Srta., yo soy Serafina!

-Mucho gusto, señorita Serafina, dijo la joven araña. Hizo una reverencia y se presentó.

-Encantado, Cipriano es mi nombre y la melodía, -¿le gustó por lo menos un poquitito?

-Bueno, al comienzo era muy bonita, contestó Serafina sin enojo, -¿pero no pensó que punteando me hubiera podido arrancar los hilos?

-Mi querida señorita Serafina, como le dije, yo compuse esa melodía. Por supuesto que eso lo hice en mi tela y practiqué ahí. Y si bien mi tela no es tan perfecta como ésta, no se destruyó con mi música. Además he examinado exhaustivamente su tela antes de comenzar a tocar.

-Eso lo advertí. Serafina tuvo que sonreír. -¿Pero por qué me quería dar una alegría, si Ud. ni me conoce?

-¡Oh sí, y cómo conozco!, dijo Cipriano con un brillo muy especial en sus ojos.

-Yo la vengo observando a usted y a sus amigos hace bastante tiempo. Pero, me avergüenzo de decirlo, pues hasta hoy no tuve el valor de acercarme. Pero hoy, como estaba seguro de encontrarla sola, me animé a visitarla.

¡Y yo lo recibí de forma tan descortés! Se disculpó la pequeña araña, -realmente lo siento mucho.

-¡No vale la pena perder palabras para eso!, replicó Cipriano algo confuso.

-Yo debería haber aparecido antes, entonces no tendríamos esta situación ahora.

-Sr. Cipriano...

-Sí, señorita Serafina.

-Por favor, ¿tocaría esa pieza musical una vez más? Hace un rato yo estaba tan ofuscada que no pude oírla bien...

-¿Lo dice en serio? preguntó el Sr. araña sorprendido. -Realmente ¿quiere escucharla de nuevo?

-Sí, pero por seguridad subiré al madero, no sea que a mi tela de araña se le corten los hilos.

Serafina subió, se sentó frente a Cipriano. Luego tocó para ella la melodía.

Cuando el último tono hubo sonado, la pequeña Serafina dijo emocionada

-¡Nunca escuché algo tan hermoso, fue una música preciosa! -¿y usted la compuso solamente para mí?

Cipriano asintió. -Es una pena que pueda guardar esta música, dijo Serafina algo triste.

Cipriano carraspeó: -Hm.:., hm, ...si usted me lo permite yo la podría visitar nuevamente y tocarle esta música todas las veces que Ud. desee. Tal vez hasta le pueda componer una nueva melodía.

Serafina estaba entusiasmada. -¿Eso haría por mí? Me encantaría que me visitara nuevamente.

-Yo también. ¡Ya me alegro pensando en mi próxima visita! Pero ahora debo despedirme, ya es tarde.

Además, ya deben de estar por regresar sus amigos y tendrán mucho que contarle de sus excursiones. Aquí lo pasé muy bien. Adiós Serafina, hasta la próxima vez.

-Adiós, Cipriano, saludó Serafina, -hasta pronto.

Un largo rato permaneció Serafina sobre el madero mirando en la dirección por la que había partido Cipriano, y tratando de ordenar sus pensamientos.

Cuando Baldwin y los murciélagos regresaron, ella todavía permanecía sentada sobre el madero.

-Buenas tardes, Serafina, exclamó Amadeo, -ya hemos regresado.

Serafina se asustó.

-¿Qué sucede?, ah... , son ustedes.

-¿Estabas soñando?, se burló el cuervo.

-¡Pero Baldwin!, dijo Serafina algo enojada.

El cuervo sacó debajo de su ala izquierda un paquetito.

-Mira lo que te traje.

-Gracias Baldwin, muy amable de tu parte, pero ya es muy tarde, lo abriré mañana.

Constanza, Amadeo y Baldwin no podían reconocer a su amiga.

-Pero, ¿qué te sucede? quiso saber Amadeo, -siempre te gusta recibir regalos.

-Por favor, no se enojen conmigo, he tenido un día muy duro. Estoy muy cansada. Discúlpennme ahora, buenas noches.

Serafina tomó el paquete y se dirigió a su morada.

Baldwin se puso nervioso -Serafina, ¿qué tienes, estás enferma, te falta algo?

-No, no, está todo en orden.

Cuando Serafina entró en su nido, tropezó, perdió el equilibrio y cayó dentro del nido con paquete y todo. ¡Plumps!

Luego se le oyó refunfuñar.

-¿Estás herida, necesitas ayuda?, gritó Amadeo, que también estaba intranquilo.

-No, no, no pasó nada, solamente se me cayó el paquete de Baldwin sobre la cabeza. ¡Buenas noches queridos amigos!

-Esto me preocupa bastante, hace mucho que Serafina no tropieza con sus propios hilos; y que no está furiosa, no me entra en mi cabeza, aquí hay algo raro, dijo Baldwin.

-Opino igual que tú, agregó Amadeo, pero si supiéramos qué pasa...

De pronto Constanza comenzó a reír. *-Yo creo que sé por qué Serafina se comporta en forma tan extraña.*

-¿Tú?, se sorprendió Amadeo. -¿De dónde quieres saber más que nosotros?

-Sí, yo, dijo Constanza, haciéndose la importante.

Ella era la única que había descubierto el secreto de Serafina.

-Tal vez Serafina ha tenido la visita de un Sr. araña...

Que Constanza tuviera razón con su sospecha ya se comprobaría al día siguiente. La pequeña Serafina se avergonzó mucho cuando a la mañana siguiente, el joven araña saludó amablemente a todos desde el madero.

Baldwin, Amadeo y Constanza aparecieron de inmediato.

Serafina presentó a Cipriano y relato lo sucedido el día anterior.

Por supuesto que los amigos de Serafina estaban muy curiosos y asediaron a Cipriano con miles de preguntas.

-¿De dónde vienes?, ¿cómo viniste?, ¿dónde vives?

Cuando hicieron silencio el Sr. araña comenzó a relatar.

-Yo vivía en el museo del pueblo, detrás de un hermoso y enorme cuadro. Me gustaba la vida en el museo, vivía feliz y contento allí. A veces visitaba a una polilla en un gran armario y conversábamos un rato. Otras veces miraba a los pajaritos por la ventana. También con la señora de la limpieza me llevaba bien. Era anciana y no veía mucho. Por eso no limpiaba los rincones y tampoco mi tela detrás del cuadro. Pero una mañana en lugar de la anciana apareció otra señora. Ella quería hacer su trabajo especialmente bien. Fregó detrás de los armarios y cómodas y barrió cada granito de tierra. Después de limpiar detenidamente los muebles, comenzó a sacar el polvo. Para ello usó un nuevo plumero que pasó por todos los cuadros del museo, por arriba, por abajo, izquierda, derecha, adelante y atrás. Cuando me descuidé estaba sentado sobre una pluma del plumero y la señora me sacudió junto al polvo, por la ventana. Caí en un banco y me puse a pensar. Hubiera podido trepar por la pared y entrar por la ventana muy fácilmente, pero yo no quería volver a ese lugar. Y entonces decidí buscar un nuevo y más seguro hogar.

Cuando por la tardecita encontré esta hermosa casa; me alegré mucho. Desde entonces vivo aquí en el altillo.

Desde ese día el Sr. araña apareció a diario. No pasó mucho tiempo y Cipriano se mudó del altillo al sótano con sus nuevos amigos.

Los cinco amigos se divertían mucho y se entendían a las mil maravillas. Pero Cipriano prefería estar con Serafina y muy pronto fueron inseparables. .

Inquietud en la casa

El tiempo pasó y de pronto comenzó a reinar nueva vida en la casa. Los murciélagos tuvieron descendencia, dos crías. Esto era una rareza, ya que normalmente los murciélagos tienen solamente una cría. Por eso estaba especialmente extenuada y emocionada la normalmente tranquila y prudente Constanza.

Se quejaba todo el tiempo: *-el año pasado llevaba un hijo y este año debo cargar a dos. Por Dios, ¡qué cambio! Ojalá no pierda a alguno de mis hijos.*

-Pero querida, yo también estoy, la tranquilizó Amadeo.

Inmediatamente Constanza veía otra dificultad y se lamentaba.

-Oh, oh, ¿encontraremos suficiente alimento para nuestras crías? Tal vez alguno se muera de hambre. ¿Cómo podré hacer frente a tantos problemas?

Durante ese tiempo resultaba bastante difícil convivir con Constanza. Pero todos los demás habitantes de la casa soportaron con paciencia y amor todas las lamentaciones. En el fondo pensaban: *-en algún momento terminará de quejarse, y al fin y al cabo, es un acontecimiento excepcional que un murciélago dé a luz a dos crías.*

También la vida de Serafina cambió bastante. Ella había formado su propia familia con Cipriano y era ahora madre de 76 pequeñísimas arañitas. Pero a diferencia de Constanza a Serafina sus 76 hijitos no la sacaban de quicio. Por el contrario, cuando sus hijitos hubieron nacido, Serafina fue a lo de Baldwin toda preocupada y le dijo: *-ya reconté corno cien veces, y siempre son 76. Mi mamá tuvo 93.* Baldwin rió con fuerza: *-querida Serafina, ahora ocúpate de tus 76 hijitos. Si solamente dos de ellos resultan como tú, ya tendrás suficiente trabajo.* Y el cuervo tuvo razón.

Una vez se escuchó desde el madero más alto: *-¡socorro, auxilio, estoy sentada en el madero y no me animo a bajar!* Otra vez con voz lastimosa, se oía desde un armario desvencijado:

-Se cerró, se cerró la puerta y no puedo salir. Aquí está muy oscuro y tengo miedo.

Otra vez alguna arañita gritaba: *-¡Socorro, me perdí y no sé cómo volver!, ¿quién me ayuda?*

Cada nuevo día tenía nuevas emociones y cada día Serafina tenía problemas con alguno de sus hijitos y los llevaba con muchas advertencias a la tela de araña familiar. *-por hoy ya es suficiente, ahora te quedas aquí y no te mueves. Aquí tendrás tiempo para pensar en tu conducta!*

El pequeño Julio era el que con mayor frecuencia recibía esa reprimenda. Él simplemente ni recordaba que podía y qué no podía hacer de ningún modo. Pero el pobrecito tenía tanta mala suerte, que siempre lo pescaba a él en alguna travesura y sabía muy bien que una vez en la telaraña no había pedido ni gritos, ni llantos ni lamentos que ablandaran a mamá Serafina. Ella cuidaba muy bien que los pequeños castigados no se escaparan de la tela.

Una noche, cuando todos sus hijitos ya se habían reunido y dormían plácidamente Serafina fue por un ratito a visitar a Baldwin y presentarle sus lamentos:

-¡Ay, Baldwin, qué hago con Julio, mi gran preocupación!

Ambos conversaron hasta bien entrada la noche. Antes de irse, Baldwin le sugirió a Serafina:

-mañana deberás ir de excursión con Cipriano. Te mereces con creces un día de descanso. Entretanto yo me ocuparé de vuestros hijos.

Serafina estaba de acuerdo ay le agradeció sinceramente.

A la mañana siguiente Serafina les hizo infinidad de recomendaciones a sus hijos, y que fueran muy obedientes con Baldwin. Luego abandonó de muy buen talante la casa junto a Cipriano. Baldwin pensó qué hacer con los pequeños y como era un hermoso y soleado día, voló con las 76 arañitas a visitar a su amigo Leopoldo Waldemar Bogomil Palo de Escoba que se alegró enormemente por la visita.

Baldwin dijo: *-si todos se sientan quietecitos y en absoluto silencio, les contaré una historia.*

Hubo empujones, grititos, apurones para encontrar el mejor lugar.

-¡Aquí estoy yo; ¡no yo, estaba primero! ¡De ninguna manera; yo vi ese lugar primero; no, tú me empujaste!

Después de un tiempito todas las arañitas habían encontrado un lugar. Todos estaban conformes. Quince arañitas estaban sentadas en el sombrero, veinticinco sobre su brazo derecho, y dieciséis sobre su brazo izquierdo, cinco en la botamanga izquierda del pantalón, dos en la derecha y cuatro se hamacaban sobre pastos junto al pecho de Leopoldo. Baldwin contó:

-¡Falta uno!, observó. -¿Julio, dónde estás?

-¡Aquí!, se oyó una vocecita.

-¿Dónde aquí? Preguntó Baldwin mirando hacia la derecha y la izquierda.

El espantapájaros y las 75 arañitas estaban tentadas de la risa.

-¡Bueno, aquí arriba! Dijo la vocecita. -Dónde estoy siempre!

-¡Sobre tu cabeza!, dijeron las arañitas en coro.

-Ah, bien, dijo Baldwin más tranquilo. -Entonces puedo empezar.

Y Baldwin comenzó a relatar la historia de la pequeña arañita Serafina ...

Versión libre de
"Die Abenteuer der Spinne Seraphina"
de Evamaría Kühn

Traducción:
Irene Nagel

Correcciones:
ideasWaldorf